

Cafetín de Buenos Aires

*Sobre tus mesas que nunca preguntan
lloré una tarde el primer desengaño;
nací a las penas,
bebí mis años,
y me entregué sin luchar.*
E. Santos Discépolo

Hace tanto tiempo... Allí, en el corazón del barrio de San Telmo, cuando se marchaba la tarde y la música callejera se asomaba a mis oídos, un día, ya lejano, quise encontrarme con el recuerdo del acercamiento provisional que tuvo lugar entre Jorge Luis Borges y Ernesto Sabato en el viejo café de la plaza Dorrego (después de tiempos de distancia por una discordia política), en una de cuyas paredes, entrando a la izquierda, en una ubicación preferencial, pude observar la fotografía que lo acreditaba.

Hoy he vuelto, he regresado de nuevo buscando mi pasado. Me senté. Dirigí la vista a mí alrededor y comprobé que el local estaba prácticamente vacío, sólo



Café Dorrego, en la plaza del mismo nombre, en el corazón del barrio de San Telmo, Buenos Aires. (Foto Miguel Ángel Montori).

despertó mi atención por un instante la presencia de algunos borrachines. Pedí un Negroni para conectar con el pasado lo antes posible, no podía arriesgarme a sufrir un fracaso. De repente, sobre mis nostalgias, apareciste tú desde la nada, como aquel día. Dejé volar definitivamente mi fantasía y, como si de una aparición extraordinaria se tratase, juraría que pude verte de nuevo con aquel mismo vestido negro y ajustado, con tus zapatos de tacón que te

hacían todavía más alta y esbelta, con tu sonrisa perfecta y que, hoy como ayer, bailé contigo pasos de tango siguiendo los acordes del bandoneón del más grande, del gran maestro “Pichuco” que, váyase a saber por qué avatares del destino, por allí andaba aquella noche de hace ya, maldita sea, tantos años.

Me acuerdo hasta el más mínimo detalle de todo lo nuestro. No me he olvidado de tu cara, tu pelo, tus manos, tus ojos, tu voz y tu sonrisa. No podría aunque quisiera. Me siento capaz de reconstruirte como si no hubiera pasado ni un segundo. Sin embargo, debo confesar que extravié tu nombre. Sé que está ahí, en alguna encrucijada de la telaraña del tiempo, en algún maldito recoveco de mi decrepita memoria pero, por más que lo intento, no soy capaz de acordarme. Ay...los años no transcurren en vano, siempre acaban pasando su terrible factura. Pero también debo reconocer que ya de siempre he tenido tal tendencia. Puedo evocar, incluso con facilidad, las mujeres que conocí por alguna de sus características (el dibujo de sus labios, un lunar, su forma de reír o de caminar o hasta por su profesión) y, en cambio, me resulta imposible extraer de los rincones de mi cerebro cómo se llamaban. Siento una sincera envidia de Casanova, no por sus proezas en la cama, sino por su prodigiosa retentiva, capaz de evocarlo todo, a cada una de las mujeres que conoció, con sus rostros, con sus frases y con sus...nombres. Por mi parte, creedme, confieso que alguna vez intenté hacer un recuento y salí abatido, sólo fui capaz de recordar el de algunas, precisamente, paradojas de la vida, el de las que menos me lo merecían. La gran mayoría se habían convertido en mujeres sin más, sin ninguna posibilidad de identificación como no fuera por alguna de sus cualidades. Y siempre que llego a ti, lo hago más a menudo que con ninguna otra, me sucede lo mismo, es como si una barrera infranqueable, un muro contundente y despiadado, me impidiera nombrarte. No puedo explicármelo, me resulta incomprensible, por mucho que sepa que esas cosas suceden. Porque tú fuiste diferente, tú lo significaste todo para mí. Todavía me pregunto hoy por las causas que me hicieron perderte, qué sarta de tonterías y malentendidos nos terminaron separando. Entre las muchas mujeres que conocí a lo largo de mi vida, fuiste la única a la que hubiera seguido hasta la muerte. Desde que se produjo nuestra irrevocable separación me persiguió implacable, sin piedad, el desagradable conocimiento de que ya nunca encontraría a la mujer de mi vida. Creo que esa fue la única certeza que no me abandonó a lo largo de mi existencia sin ti. Tú, quiero insistir, lo representaste todo, tú no fuiste sólo sexo, aunque también; cuando rememoro nuestras aventuras eróticas (hay cosas que nunca se arrinconan por muchos años que hayan pasado) aún soy capaz de excitarme. ¡Cómo voy a olvidarme de tu glorioso cuerpo desnudo! Pero lo más

importante es que dejaste en mi alma, ahí donde duelen los recuerdos de verdad, memorias que nunca olvidaré.

Hoy, llevaba mucho tiempo deseando este nuevo encuentro, he podido observar que ni yo ni la plaza somos ya los mismos, sólo el viejo café sigue igual, con sus fotografías, eso sí un poco más amarillentas. También, el almacén donde guardo los acontecimientos de mi pasado se iluminó de inmediato, pude darme cuenta de que mi declaración de amor semioculta por otras, todavía permanecía allí, grabada con mi navaja (forjada en Toledo, cierto, pero muy lejos de ser un famoso puñal como el de Borges, mi admirado Borges; lo mío era sólo una simple, pequeña y ya muy deteriorada navaja, lo recuerdo perfectamente). Sobre la madera gastada de nuestra vieja mesa, todo el que quiera todavía puede ver los dos corazones entrelazados y mi nombre junto al tuyo, Liliana.

Hace tanto tiempo de aquello... pero aun soy capaz de llorar.